



Mis “Álbumes de labores”.

Mi padre tenía una mercería en Melilla. Se llamaba “La Aguja”.

Me encantaba contemplar aquella fantástica estantería, que respiraba orden y color, en la que se agrupaban las cajas de botones con tres de ellos cosidos en el frente según su tamaño, los cajones transparentes para las bobinas y carretes ordenados por gradaciones de tonos, el gran panel de los ovillos de tricotar dispuestos según su grosor y color.

Y debajo del mostrador se tiraba de una tablilla que arrastraba los finos rodillos donde se enrollaban cintas de todos los colores y clases: de seda, raso, tornasoladas, un verdadero arco-iris, y los encajitos y tiras bordadas, asimismo en carretes, que yo sólo podía mirar pues el género debía estar impecable para el cliente. Había también dedales, tijeritas, alfileres, imperdibles y, por supuesto, agujas de todas clases y tamaños.

Mi colegio estaba enfrente de casa y en verano me enviaban al taller de bordado donde, dirigidas por la madre Consuelo, un grupo de chicas preparaba los más preciosos ajuares de novia de Melilla. Era un favor que le hacían a mi madre pues no daban clase a niñas. A mí me ponían una labor y con un pequeño bastidor aprendí a hacer bodoques, punto de cruz, de sombra y diferentes vainicas. Era un entretenimiento, sin prisas, pero no fui una alumna aventajada, aunque le ponía voluntad.

Cuando entré en el Instituto en 2º de bachiller, se impuso otro ritmo, que también mantenían las profesoras de la Sección Femenina en las clases de “Hogar”, y se lo

tomaban muy en serio. A pesar de aquellos antecedentes me costó mucho trabajo la costura, que era muy práctica: ojales, dobladillos, zurcidos, sobrehilados, aunque también hice bordados y punto de tricotar.

Pero yo era lenta, me sudaban las manos y se me hacían nudos en el hilo, aunque si no terminábamos la muestra nos permitían acabarla en casa. Y mi madre me ayudaba. A ella se le daba muy bien la costura, aunque yo no he heredado sus habilidades, las nietas sí.

En verano mi hija Genoveva cruzaba la carretera en su Vespino (hoy sería impensable) para tomar clases de Corte y Confección y maneja con soltura la Singer, y mi sobrina Julia alternaba los temas de oposiciones con la confección de trajes de flamenca que estrenaron ella y sus cuatro hijas en la Feria de Abril. Yo me he quedado en el “repaso”, pero también es útil.

Para la reválida de 4º se prepararon álbumes con aquellas labores, que rotuló mi padre con su vistosa letra, y yo los guardé porque les tenía querencia y eran memoria.

Y cuando dejé Melilla me los traje, aunque hubiera preferido que nos encargaran un “Dechado” como a mis compañeras del otro colegio, que era más fácil de conservar. Yo pasaba las hojas de mis álbumes y cada vez los veía en peor situación: el pegamento ya no era eficaz, las telas amarilleaban, los celofanes se corrían, y les auguraba un mal futuro.

Por eso cuando me enteré de que se reunía material sobre la mujer en el pasado, para el Museo Pedagógico Jesús Asensi (CDIJ) de la Biblioteca de Educación UAM pensé que podrían ser útiles al reflejar una parte de la educación que recibíamos las niñas, y que no era un pasatiempo intrascendente.

Texto que escribe M^a Rosario Camacho Martínez (catedrática de Historia del Arte de la Universidad de Málaga) a propósito del donativo del libro “Álbum de labores de M^a del Rosario Camacho Martínez” a la Biblioteca de Educación UAM